

cis Virgo Maria! ora pro nobis, Sancta Deigenitrix. Trueca, ¡oh Señora! este proceso terrible, que ya nos tiene abocados á los abismos de una eternidad desgraciada por nuestros muchos y gravísimos pecados, por el escandaloso abuso que hemos hecho de tantas gracias y por nuestra ingratitud á tantos beneficios como nos has dispensado, en un decreto de libertad, prevenido por la penitencia y dictado por la misericordia. Restablézcase por tu medio y para siempre, ¡oh Virgen poderosa! la alianza con tu Padre celestial, rota mil veces por nuestra obstinacion en la culpa, y vuelvan otra vez á sostener nuestra esperanza las promesas fundadas en la palabra infalible de tu Divino Hijo; esas promesas consoladoras que salvaron la esperanza en los momentos en que iba á naufragar; esas promesas por cuyo cumplimiento suspiraban los patriarcas; esas promesas que inspiraron á los profetas para anunciar el advenimiento del Mesías, que habia de realizarlas; esas promesas de gracia que previene, que justifica y salva; esas promesas de gloria inamisible, que han sostenido en la tierra y recompensado en el cielo la carrera heroica de la virtud: *ut digni efficiamur promissionibus Christi.* Torne otra vez esta nacion, á quien todavía te complaces en llamar tuya, y que nunca dejará de clamar á tí como á su tierna y querida Madre, la unánime profesion de la fe católica, el culto en espíritu y en verdad, las virtudes privadas y públicas, la verdadera paz; y nada se interrumpa en el resto de nuestra vida presente, para que, al terminar de ella, entremos todos en el goce y posesion de aquella ventura suprema y perdurable, que han debido y deberán siempre tus hijos fieles á tu proteccion poderosa en la morada eterna de los escogidos.

PANEGIRICO

DE SANTA

TERESA DE JESUS.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DEL CARMEN DE MORELIA EL DIA 15
DE OCTUBRE DE 1848.

Qua stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret.

Dios ha escogido á los necios segun el mundo, para confundir á los sabios; y Dios ha escogido á los flacos del mundo, para confundir á los fuertes; y á las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que son nada, para destruir las que son *al parecer grandes.*

I Cor. cap. I vv. 27 y 28.

CUANDO leemos atentamente, católicos, la historia de la religion, que comienza en la primera página del Génesis, sigue el curso de los siglos y habla constantemente con sus grandes hechos á la inteligencia y al corazon, y traemos al paralelo el pensamiento de Dios y el del hombre acerca de las tres cosas que resumen, digámoslo así, las aspiraciones universales de la humanidad en todas sus épocas, conviene á saber: la ciencia, el poder y la felicidad; no sabemos qué admirar más, si la paciencia infinita de Dios en aleeccionar al mundo, ó la rudeza inconcebible del mundo, que todo lo ve, todo lo palpa, y no llega jamas á rendirse dócil á la verdad y á la virtud. En todos tiempos ha dispensado el Señor á los hombres cuanto se necesita para ilustrarlos, santificarlos y salvarlos; pero en todos tiempos asimismo han esquivado aquellos las luces de la fe, los preceptos de la lei divina y los medios eficaces y únicos para ser verdade-

ramente dichosos. De aquí la lucha, tan antigua como el mundo, de las criaturas racionales contra su Criador: de aquí aquella primera rebelion que mató la felicidad en su cuna, emponzoñó á la humanidad en su fuente, y abrió con el pecado ese cauce inmenso que ha inundado en la iniquidad toda la tierra: y de aquí, por último, esos empeños incansables de la misericordia divina manifestos en las Sagradas Letras, esa solicitud nunca desmentida con que Dios ha procurado, á despecho del hombre mismo, salvarle á toda costa, empleando á propósito medios, no solo extraordinarios, sino á todas luces milagrosos. Mas en todos ellos aparece que los caminos de Dios para ilustrar, convertir y salvar al hombre, son el servirse de lo que juzga el mundo mas despreciable y aun vil, para confundir todo lo que apellida ilustre, grande y magnífico. Por esto el apóstol San Pablo ha resumido en las palabras que me sirven de texto la gran restauracion de la verdad, la virtud y la felicidad obrada por Jesucristo; pues aparece como el deshecho del mundo, y muere crucificado, para reparar las ruinas del Paraíso.

En efecto: la gran revelacion, el fondo de la luz, que habia de resplandecer en toda la tierra, estaba en aquella Cruz á quien la vanidosa presuncion del gentilismo calificaba con el nombre de locura; la fuerza y el poder, que habian de rendir y avasallar á todo el Universo, estaban en aquel madero, generalmente visto, no solo como un signo de debilidad, sino como la misma ignominia: y esta Cruz, de todos esquivada y aun maldecida, esta Cruz encarnecida por la sabiduría del gentilismo, anatematizada por el celo hipócrita del pueblo judío, pesaba los destinos del mundo y estaba preparada para destruir cuanto en él habia de mas fuerte, sólido y grande, y levantar sobre sus ruinas el noble y augusto edificio de la Iglesia católica, depositaria de la verdad, maestra de la virtud y dispensadora de la bienaventuranza. Dió algunos pasos el tiempo, y pronto quedó robustamente confirmado este triple carácter de luz, de vigor y de bien con que la fe ve revestido el signo de un Dios Crucificado. Con él delante caminan los apóstoles que le predicán, los confesores que le portan, los mártires que le defienden, las vírgenes que le engalanan, los doctores que reflejan su luz hácia los siglos, porque no han querido saber mas que á Jesus Crucificado; en fin, cuanto de mas ilustre, noble, grande, poderoso y feliz presentan las generaciones y los siglos, manifestando de esta suerte que Dios Nuestro Señor, á fin de confundir al mundo, esquivo, desprecia y abandona cuanto este aprecia por ilustre y grande, haciendo resplandecer su divinidad y con ella su sabiduría, su poder y su gloria, en aquello precisamente que el mundo ridiculiza como extravagante, des-

deña como falso y débil, menosprecia y aun odia como innoble y despreciable: *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut quæ sunt destrueret.*

Pero si hai, hermanos míos, un monumento admirablemente caracterizado, una prueba notabilísima de este concepto del apóstol S. Pablo, es la que ofrece á nuestra enseñanza y admiracion esa tierna Vírgen que, nacida en un siglo perdurablemente célebre por los muchos y terribles males que trajo á la Iglesia de Dios, se presenta sola, como uno de los mas esforzados atletas que habian de militar contra tan odioso enemigo en el campo de la Cruz, como una personificacion de todo lo que puede la intimidad estrecha con Dios en el órden de la sabiduría, del poder y de la gloria, como una prueba robusta y encantadora de esa ironía sublime que lanzó Pablo contra las luces, las magnificencias y las dichas del siglo.

Los trofeos de la Iglesia católica en el campo de la ciencia, multiplicados pasmosamente por el genio inspirado de la religion y por las conquistas del celo apostólico, dejaban todavía un espacio inmenso que recorrer á los gloriosos atletas de la Cruz: porque el siglo, sin rehusar sus tributos á la sabiduría de los doctores, y afectando no apercibirse de las conversiones y mudanzas obradas por los misioneros, cargaria su accion, lleno de vanidad, sobre ese invisible mundo en que la oracion realiza los mayores prodigios y aparece como el mas poderoso elemento de la verdad y la virtud.

Hé aquí, hermanos míos, lo que reservaba Dios á Teresa de Jesus, y lo que parece formar el carácter distintivo de su accion y el sólido fundamento de su gloria. La oracion ha sido en todos tiempos, y nunca dejará de serlo, el canal por donde vienen á la tierra todas las gracias del cielo, la fuente de las mas felices inspiraciones, el jugo que alimenta y nutre la virtud en el alma; pero en Teresa de Jesus figura de una manera particularmente notable, está como personificada en ella para ostentarse á la faz del Universo en toda su luz, con su inmenso poder y sus inefables dulzuras. Parece que Dios, queriendo descargar sobre el siglo el último golpe de la humillacion con un ejemplo verdaderamente sublime, y queriéndole hacer palpar cómo se sirve de lo que reputa el mundo por mas necio para humillar á los sabios, y de lo mas débil para confundir á los fuertes, y de lo mas despreciable y nulo al parecer, para abatir toda altura y reducir á la nada todo lo que mas admira, dispuso que una muger desde sus tiernos años, sin otros preparativos, sin otro elemento, sin otro medio que la oracion, recorriese una vastísima car-

ra, llenase de admiracion á los hombres mas eminentes, y confundiese á los varones mas esforzados, acometiendo y llevando á efecto empresas que, por espinosas y árduas, hubieran abrumado el pensamiento y arredrado la accion de los hombres mas sabios y poderosos.

Recorriendo la vida maravillosa de esta Santa, vemos salir de su pluma una sabiduría que admira, de su voluntad un poder que confunde, de su intimidad con Dios un cuadro lleno de primores y encantos, y todo esto, reconociendo como á su causa inmediata, como á su fuente perenne, á la oracion. Es mi ánimo poner á vuestra vista, católicos, el esplendor, la fuerza y los goces inefables de la oracion, personificados en la vida de Teresa de Jesus, como una demostracion práctica y sublime de que la oracion, cuando tiene los caracteres de perfecta, es: en primer lugar una fuente de la mas alta sabiduría; en segundo, un elemento del mas irresistible poder; y por último, una vida de los goces y las delicias mayores que pueden disfrutarse aun en la tierra. En suma: quiero mostraros á Teresa de Jesus como una criatura dispuesta por Dios para confundir la sabiduría del mundo, rendir el poder del mundo y poner en claro la ruindad y muerte de los placeres del mundo.

Mas á fin de obtener los mas preciosos frutos en consecuencia de esta santa predicacion, ocurramos por la luz y la santa mocion del Espíritu Santo á su purísima Esposa, la Virgen de las vírgenes, Trono de la Sabiduría eterna, Madre de la gracia divina y Reina de la santidad, implorando su proteccion con toda la Iglesia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Representémonos, católicos, el cuadro general de la Europa en el tiempo señalado por la Providencia para suscitar á Teresa de Jesus con la noble mision de asociarse á otros gloriosos atletas para combatir á tantos enemigos conjurados contra su reino, y reparar todas las ruinas causadas en el seno de la Iglesia por el triple genio de la herejía, de la corrupcion y del cisma. Era el principio del célebre siglo fastuosamente apellidado regenerador de las ciencias, de las letras y de las artes, y universalmente reconocido como el principio de la segunda época de la Era moderna. Atento únicamente á los objetos que comprendia en la fastuosa voz de *Renacimiento*, pero perdiendo de vista los inmensos tesoros que poseia, decidido por el paganismo en concurso de la civilizacion evangélica, partidario de las glorias efímeras de un mundo avasallado y convertido por la Cruz, y desdeñoso de los goces inseparables de la fidelidad á la lei divina, renovó la triple tentacion de la ciencia, del poder y del deleite, para derrocar el imperio de la verdad católica, nulificar la poderosa influencia de la gracia y destruir en el corazon los únicos elementos del verdadero bien.

¿Qué no era necesario, decidme, para triunfar de un siglo como éste, que sin abandonar ninguna de las armas que desde el principio del cristianismo habian esgrimido los enemigos de la Iglesia contra ella, combatía con otras nuevas y abria una carrera de persecucion, en que el error, la incredulidad, el vicio, y todo lo que hai de mas terrible lucharian denodadamente para extirpar de la tierra la verdad, la virtud y la felicidad? Era necesario que la Iglesia pusiese á un tiempo mismo en accion sus antiguos y nuevos elementos, que luchase contra el siglo con el poder de su autoridad, con el genio de su ciencia, con el vigor de su apostolado y con la alianza estrechísima entre Dios y sus escogidos.

Hé aquí por qué vemos aparecer en esa época perdurablemente célebre lo que hai de mas notable al parecer en todas líneas, revestido de caracteres extraordinarios, en el cuadro general de la historia: dos campos enemigos cubiertos ambos de atletas mas esforzados que nunca por obtener un triunfo decisivo; un falso renacimiento que, seduciendo con los esplendores del paganismo, queria opacar la luz del Evangelio; la ciencia católica derramando, con la santa predicacion, todo el esplendor de la antigüedad sagrada

sobre todo el Universo; institutos antiguos renaciendo como de sus propias cenizas, volviendo por la reforma y la restauracion de la disciplina al vigor de sus mas hermosas épocas; nuevos apologistas, nuevos doctores aterrando á los enemigos de la verdad en el campo de la controversia; celosos ministros de la palabra evangélica recorriendo el mundo entero para esparcirla y hacerla fructificar: el deseo de la conversion de las almas dando nacimiento á nuevos institutos, consagrados mas especialmente á la purificacion de las conciencias y á la asistencia de los moribundos; la caridad haciendo prodigios donde quiera que se escuchaban los lamentos de la miseria, del dolor y de la desgracia: las clases todas, encontrando hombres de Dios en atalaya para salvarlas de la seduccion y del vicio: en fin, un cuadro en que aparecen todas las luces, todos los conocimientos, la accion fecundísima de la caridad y del celo, haciendo admirar el concierto de todas las fuerzas intelectuales para combatir la falsa ciencia del siglo, de todas las fuerzas místicas, digámoslo así, para reducir á la nada la influencia del sensualismo del siglo.

¿Quién hubiera podido imaginar que con tantos elementos, con tan vigorosos atletas, ese siglo terrible todavía no retrocediese, todavía no confesase su derrota, ni abandonase la pretension de subyugar al mundo? Pero el hecho es que los mismos triunfos obtenidos contra él vinieron á servirle de nuevas armas: proponiéndose como fin el arruinar el poder del espíritu, el dogmatismo de la fe y el magisterio de la conciencia, nada le importaban los medios, y por esto sucedió que, haciendo mil cumplimientos á la inteligencia y sabiduría de los insignes defensores de la religion, apelaba para salir avante á explicaciones que le diesen, ya que no la victoria, por lo ménos ventajas considerables en su marcha. Era pues necesario combatirle en un terreno nuevo, humillarle de tal suerte, que no le quedase ni aun el recurso de una finjida alianza: era necesario que le derrotase la ciencia sin dejarle arbitrio para referir al ingenio y al talento el esplendor del triunfo; que le desconcertase la virtud sin que pudiera señalar como causas las influencias poderosas del mundo; que una hiel, nacida no de la tierra sino del cielo, amargase todos los placeres con que procuraba atraer mayor número de adoradores. Hé aquí lo que Dios hizo y se manifiesta con tanta luz en la vida para siempre ilustre de la Virgen á quien hoy ofrecemos nuestros cultos. Destinada para convencer al mundo de estulticia, y nada ménos que en el teatro de la inteligencia, se nos presenta en dos épocas las mas á propósito para descargar sobre él un doble golpe: una en que parecia estar enteramente de su parte, y otra en que,

volviéndole las espaldas para siempre, le rehusó hasta el último recuerdo. Dios nuestro Señor queria que la vida de Teresa fuese un arsenal de poderosas armas para confundir al siglo; que cuando ella encadenase con su pluma las inteligencias mas privilegiadas, no hubiese lugar á explicaciones ningunas que desvirtuasen el verdadero carácter de tan bella conquista, ni otro recurso que el de la oracion y el de la intimidad con Dios, para encontrar las causas de aquella superioridad incontestable que tuvo sobre su siglo y los posteriores por la grandeza de sus concepciones, la fecundidad de su talento, las producciones inimitables de su pluma.

Vedla nacer, educarse, vivir en el siglo, y cómo las mas felices disposiciones de la naturaleza, forman un perfecto contraste con la mas penosa esterilidad: vedla en seguida romper con el siglo, entregarse á Dios, pasar por una carrera de pruebas bien terrible, adelantar paulatinamente, hasta adquirir aquella facilidad y soltura, aquella robustez y vigor, aquella pasmosa lucidez que aparecen en sus escritos, cuando su alma, educada, nutrida, formada y consumada en la oracion, reflejaba tan de lleno hácia la tierra las inspiraciones sublimes de la sabiduría de los cielos.

No podian ser mas felices, católicos, los auspicios bajo que vino al mundo Teresa de Jesus: porque Dios quiso que no le faltase nada en lo absoluto de cuanto forma los mas ilustres antecedentes. Nació de padres nobles y piadosos, tan distinguidos por ser una de las mas notables familias, como edificantes por la regularidad de su vida y su amor á la virtud. Esto es bastante sin duda para comprender todo el esmero y constante solicitud con que atenderian entrambos á la educacion de su hija, que por otra parte fué para ellos la mas querida de todos los frutos de su union conyugal. ¿Qué diré de las dotes naturales con que aquella criatura cautivaba desde su mas tierna infancia el corazon de cuantas personas tenian el gusto de conocerla y de tratarla? Sin hablar de su hermosura y gracia en el órden físico, de su rara capacidad, extraordinaria viveza y una profundidad que dejaba traslucir al través de los mismos juegos de la niñez, se hacia constantemente admirar de todos por ciertas inclinaciones que parecian un preludio del destino á que Dios la llamaba en sus designios. Un amor á la piedad, mui singular en tan tierna edad, una vehemente inclinacion al retiro, un empeño en repasar con su meditacion los rasgos mas patéticos de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo y las virtudes de los santos, y lo que mas admira, un deseo ardiente del martirio, que no la dejaba descansar, fueron los rasgos ó primeros lineamientos del carácter moral de tan privilegiada criatura. Sus deseos de sufrir la muerte por la fe de Jesucristo, le

inspiraron el pensamiento de abandonar ocultamente á su país, casa, familia y deudos, para ir, como en efecto lo emprendió, á tierra de moros, donde hacer una de esas confesiones generosas que han figurado siempre como el proceso de los mártires. Caminaba gustosa, en compañía de uno de sus hermanos, en busca de aquel destino que tanto codiciaba, cuando un tío suyo, tan sorprendido como alarmado al encontrarla y saber el motivo de tal viaje, la restituyó á su casa y familia. Siendo tan tierna su edad, ya dedicaba una parte de su tiempo á la oracion, ya empezaba á sentir los inefables goces de su ejercicio frecuente, y es mui digno de notarse que á la vista de una pintura de la Samaritana, clamó á Dios con toda la fe y confianza de aquella mujer: "Señor, dame á beber de esa agua," con lo cual sintió aquella sed insaciable de amor divino que, con excepcion de un cortísimo intervalo, fué el sentimiento constante de su vida.

¿Quién hubiera podido imaginar que una carrera tan felizmente comenzada sufriría un ligero extravío, capaz de cortarla para siempre, si Dios no hubiera estado tan pendiente de esta vírgen, para reincorporarla en los caminos rectos del espíritu? Pero el hecho es que una circunstancia, de poco momento al parecer, vino á perturbar aquel tranquilo curso en que la virtud caminaba con sosiego, como entre flores, al suave impulso de una gracia fecunda y una dócil naturaleza. Hubo un pequeño periodo en que Teresa leía con trasporte las aventuras fabulosas en que el amor profano, "revestido, dice un sabio pontífice, de cuanto la generosidad caballeresca y la mundana cultura tienen de brillante y seductor, sustrae á la vista el verdadero aspecto de ese vicio detestable que debe almar siempre la pureza; y no discurrió mucho tiempo sin que los encantos de la impostura le hiciesen perder el gusto puro de la verdad." Teresa comenzó por preferir las lecturas profanas á las lecturas de Dios, y no pasaron muchos días sin que se ocupase con mas esmero en los atractivos y en el ornato de su sexo, y aun buscáse un esposo mortal, esta tierna vírgen, que tenia de antemano un Esposo Divino á quien dedicar todos los esmeros de su ternura y los trasportes de su corazon.

Mas vos, ¡oh Dios mio! la consagrásteis con una mirada de amor para vuestro tálamo nupcial desde los primeros albores de la existencia, y aquel deseo innato de morir por vos, que sorprendian todos en su corazon desde su tierna infancia, aquella inclinacion continua á la soledad que representaba hasta en sus inocentes juegos, bien claramente descubrian que, si habia de dejaros un breve tiempo al dar sus primeros pasos por las calles de Babilonia, este pobre tributo pagado á la naturaleza frágil, solo serviria para depurarla despues incesantemente y hacerla mas agradable á vuestros divinos

ojos. ¡Oh Dios, profundo en vuestros juicios! ¡cuánto no habéis querido enseñarnos con este solo rasgo de la vida de vuestra esposa! Todo con vos, nada sin vos.

En efecto, católicos, el esplendor de Teresa sufrió un eclipse momentáneo; pero eclipse feliz, pudiéramos decir, por haber contribuido tanto á radicar en lo mas íntimo de su alma el convencimiento de que no puede brillarse sino solo con aquella luz que vino á disipar las tinieblas de un mundo sentado en las sombras de la muerte.

Estos pocos años que pasó Teresa de Jesus tan distraida de sus primeros caminos por estas lecturas peligrosas, aunque conservándose libre de vicios mortales mediante la gracia que siempre la acompañaba y un sentimiento de honor junto con un odio á cuanto pudiese manchar la honestidad, que nunca se apartaron de su corazon, y en los cuales iba perdiendo poco á poco el gusto por la piedad y el retiro y su primitivo fervor, corriendo así todos los peligros, entraban sin duda en los designios de Dios, supuesto que habian de servir de una incontestable prueba del poder de la oracion contra la sabiduría del mundo.

¿Qué le faltaba en este corto periodo de su vida de cuanto el siglo pide para que se brille con su luz y se goce de los placeres con que brinda? Nada. Familia ilustre, educacion esmerada, teatro brillante, como el que presentaba España en el siglo décimo-sexto, talentos de primer orden, lecturas incesantes de los libros profanos que corrian con mayor celebridad, todos los encantos del sexo por las gracias que le habia prodigado la naturaleza, toda la amabilidad del carácter, que aumentaba sus atractivos y llenaba de placer á cuantos la trataban, toda la delicadeza y finura de las modales y el trato, y para que nada se echase de ménos, aun el arte de embellecer y realzar la naturaleza, empleando las galas y atavíos con el refinamiento del siglo: todo parecia como dispuesto para que aquella vírgen adquiriese mui pronto tal ascendiente sobre su época y sus contemporáneos, que fuese, al mismo tiempo que uno de los caracteres mas célebres, uno de los talentos mas fecundos en producciones literarias. Mas no fué así: aquellos años pasaron en medio de la mayor esterilidad. La verdad tuvo la menor parte en una carrera mental en que la fábula y la mentira ocupaban la mayor; y así debia suceder, para que aquellas producciones que mas tarde habian de sahir de su pluma, nada debiesen absolutamente, á los ojos del observador ni en la mas remota apariencia, á las influencias intelectuales de ese siglo engalanado con todos los troféos de la inteligencia y del genio.

Insensiblemente fué apartándola el Señor de tan peligrosos cami-

nos, ya con pesadumbres que hacian los mayores estragos en su sensibilidad, ya con ciertos golpes dados á su amor propio, ya con algunas reflexiones inspiradas por el ejemplo, ya con enfermedades que la orillaran al sepulcro, ya por situaciones accidentales al parecer, ya finalmente, con la reaccion de los pensamientos antiguos, renaciendo á favor de lecturas hechas como al encuentro, sobre las ideas recogidas en los libros de la vanidad.

La muerte de su madre descarga un golpe terrible sobre el corazon de esta hija querida; las lágrimas y el dolor dan alguna tregua ó roban un considerable trecho al curso de la vanidad; mas no bastando á producir una reaccion completa en el alma, porque ciertas personas mui allegadas vinieron pronto á entretererla, divagarla y seducirla, se prolongó todavía más una época de ligereza y disipacion que, sin comprometer del todo la inocencia, progresaban de continuo, y hubieran acabado por perderla si los tiempos no se hubiesen abreviado.

El padre de Teresa de Jesus, cuyas costumbres severas, cuya consagracion á la piedad, cuya repugnancia á los libros que no condujesen á formar la virtud, le traian tan inquieto por una hija tan amada, que aunque hubiera querido no apartarla un instante de su lado, tuvo que apelar al recurso de colocarla, si bien con la posible reserva, en un convento de monjas, sin mas objeto que ponerla á salvo de los peligros consiguientes á su vida en el mundo. Este retiro que, á los ojos de aquella vírgen aparecia como un castigo que menguaba su honra en alguna parte, á lo ménos porque se tuviese desconfianza de su virtud en los peligros, le causó una impresion penosa; mas no pudiendo ésta destruir ni su buen juicio, ni su amable carácter, pasó pronto, cediendo el campo á oportunidades mui felices que iban desarmando el poder del siglo sobre aquella alma reservada nada ménos que para privilegiado trono de Jesucristo. Sustraída en aquel retiro al trato con el mundo, testigo y admiradora de las virtudes que residian en aquel claustro, iba perdiendo insensiblemente algo de sus antiguas afecciones, y aunque con lentitud, comenzaba ya un cambio que mui pronto la trasformaria del todo.

Una grave enfermedad, que llenó de alarmas á su padre, le obligó á sacarla del convento á fin de prestarle la eficaz asistencia que aquella crisis de su vida estaba reclamando. Salvó de ella y convalació en la casa de un tio suyo, dedicado fervorosamente á la piedad, varon respetable por sus virtudes, y consagrado á esas lecturas en que se aprende la verdadera sabiduría, que es la ciencia de la salvacion. Las ideas de Teresa progresan allí, desandando sus últimos caminos: cada dia tienen ménos interes á sus ojos aquellas lecturas

que la sitiaban todavía con sus importunos recuerdos: su alma, felizmente dispuesta, no necesitaba ya sino solamente de una ocasion bien aprovechada. Sin embargo, todavía esta vírgen luchaba entre Dios y el siglo; todavía no sentia en su corazon la presencia de una resolucion generosa; todavía no era cosa imposible para ella el tener un esposo mortal. Vacilante, incierta, dudosa, errante con sus propios pensamientos, de nada se hallaba tan lejos como de fijarse; pero Dios, que no la perdía ni un instante de vista, pronunció el *fiat* que habia de poner término á un periodo de tanta vaguedad é incertidumbre, dar el golpe decisivo á su corazon y radicarla para siempre en su amor hasta la muerte.

Gerónimo, este antiguo maestro de las vírgenes del desierto, vi no á sorprender á la nuestra en el sueño de sus ilusiones. Teresa marchaba distraída, y como por acaso toma las Epístolas de este Santo Doctor, abre sus páginas, y en el momento mismo no siente ya sino la verdad en su alma, y las lágrimas en sus ojos. . . . ¡Oh Dios paciente y misericordioso! ¡cuán incansable sois en solicitarnos por todas partes con vuestro amor! ¡tan admirable cuando alumbraís los dias de la inocencia, como cuando esperáis las lágrimas del arrepentimiento!

Tan tristes experiencias, católicos, alarmaron de tal suerte la razon y la voluntad de esta vírgen, que desde aquel instante pronunció sin reserva el desprendimiento de todo lo que no es Dios, lo que no viene de Dios, lo que no se dirige á Dios. Despues de una postrimera lucha entre sus antiguos afectos y sus últimos desengaños, queriendo alejar de sí hasta el mas remoto peligro, concibió la resolucion de abrazar el estado religioso. Mui graves fueron las dificultades que para llevarla á efecto encontraba en el tierno amor de su padre: oponíase éste fuertemente á un paso que debia sacar para siempre de su lado á una hija tan querida; pero ella, venciendo con los impulsos heroicos de una voluntad resuelta cuantos obstáculos se le oponian, partió acompañada solo de un hermano suyo al convento de la Encarnacion de Avila, manifestó su pretension, tuvo el consuelo de ser admitida, y tomó el hábito de carmelita el 2 de Noviembre de 1533. ¡Suceso altamente misterioso, que puede ser visto como el crepúsculo del nuevo esplendor que bajo el influjo de esta novicia despediria despues de algunos años aquella orden ya mui célebre y admirada en los fastos de la virtud!

Colocada en aquel coro de vírgenes consagradas al Señor, emprende su carrera toda de oracion y de penitencia; y aunque su fervor sufre una nueva parálisis, de que es hablaré despues, mui pronto se recobra y vigoriza; y en su misma caída encuentra nuevas luces

y estímulos para realizar mas eficazmente los designios del Señor: en su oracion constante halla el secreto de aquella sabiduría y fortaleza que llegó á conquistar en un grado verdaderamente sublime. Vedla, hermanos míos: no busca ya otra luz que la sobrenatural: cierra sus ojos á todos los prestigios del talento y de la sabiduría mundana, y firme como Pablo en el deseo y en la resolucion de no saber mas que á Jesucristo crucificado, le inmolaba generosamente todas las brillantes cualidades de su espíritu. Ya desde aquí el entendimiento de Teresa emprendió una nueva carrera. Esta vírgen cambia de maestro y de medios para ilustrar su razon: ya no estudia sino solo á los piés de Jesucristo. Desapareció para siempre á sus ojos el mundo; pero el mundo, que ya la conocía, no imaginéis que la olvidase en su soledad: persiguióla hasta allí, no ya con estímulos y sugestiones, sino con quejas y lamentos: la compadecía entónces, como compadeciese hoy á nuestras vírgenes sagradas y á cuantos abandonan su bullicioso teatro para recogerse profundamente en la casa del Señor: veía opacada su inteligencia, encadenada su razon, inerte su talento: considerábala perdida para las ciencias y las letras, para las glorias de su sexo y los encantos de la sociedad. ¡No recordáis aquí su propio lenguaje, ese idioma que os es tan conocido, que no deja de emplear frecuentemente para atraer el menosprecio sobre la virtud, y que por una desgracia que nunca lamentarémos bastante, ha venido á ser ya general en nuestros dias? Mas venid, ¡oh católicos! venid á presenciar la falacia de estas quejas, venid á ver á qué se reducen las necias declamaciones del mundo. Pero no: venid á admirar la mas grande maravilla que pueden presentar los siglos; venid á ver una vírgen que, sin otro maestro que Jesucristo, sin otra escuela que la oracion, sin otros estímulos que la caridad, sin otros medios que la humildad mas profunda, la mas completa renuncia de su razon y de sus talentos, sin otra luz que la fe, hace salir de los misterios de su oscuridad, y desde los pequeños asilos de su retiro ignorado, unas producciones eminentes que han sido las columnas de la virtud, los ornamentos de la Iglesia, y tambien las antorchas de las letras humanas.

¡Cómo hablar dignamente, católicos, de unos escritos que, si cautivan la admiracion é inflaman el alma con el fuego del amor divino, son por otra parte inaccesibles al frío contacto de la razon humana? ¡Qué asunto ha tratado esa escritura ilustre donde no se toquen los términos de la mas alta perfeccion? ¡Ah! cuando recorro estos libros tan profundamente pensados, tan ardientemente sentidos, tan sábiamente dispuestos, tan maravillosamente adecuados á la gran reforma del hombre moral; cuando fijo mi vista en esos cuadros siem-

pre variados, siempre verdaderos, siempre oportunos, donde pinta mas bien que describe las diversas situaciones y las muchas alternativas del espíritu; cuando enseñado por Teresa de Jesus, veo dónde nacen y hasta dónde llegan las relaciones íntimas y eternas que me unen con la especie humana, y á mí y á la especie humana con el Criador supremo de todas las cosas; cuando estudio esas máximas infalibles que me advierten sobre mi conducta en el curso vario, en las circunstancias y vicisitudes diversas de la vida humana; cuando, encadenada mi atencion con la pluma de esta escritura inimitable, me apercibo de esa pasmosa muchedumbre de gracias con que gana el Señor el corazon de sus escogidos, y descubro sus caminos ocultos, y voi notando esas exquisitas transiciones por donde el alma pasa desde que se despidе del mundo hasta que se incorpora en la morada sublime donde habita el Rey de los Reyes; cuando miro á esta vírgen explotar para la caridad el sublime Libro de los Cántares; este Libro misterioso que apenas se habia dejado tocar de las inteligencias de los mas insignes Doctores del cristianismo, y siento llegar hasta mí el inalterable fuego de una caridad inmaculada: católicos, mi razon vencida con tanto prodigio, sucumbe bajo el poder de estas altísimas concepciones debidas al finitimo trato con la Sabiduría eterna, y no me cuesta el menor esfuerzo reconocer con el Sabio toda la vanidad y la nada de los pensamientos del hombre.

¡Qué no han dicho, qué no han sentido sobre las producciones místicas de esta insigne Doctora, los mas esclarecidos ingenios, los hombres mas distinguidos por su saber y por su virtud? ¡Antes me olvide yo de mí mismo, decia un venerable pontífice, que dejar caer de mi memoria estos libros tan simples, tan vivos, tan naturales, que no podemos leerlos sin olvidar que leemos, é imaginar mas bien que escuchamos á la misma Teresa! ¡Cuán dulces son esos tiernos y sabios escritos, en que ha gustado mi alma el escondido maná que baja de los cielos! ¡Qué sencillez y naturalidad, hermanos míos, cuando Teresa refiere los hechos! No es una historia, sino mas bien un cuadro. ¡Qué fuerza para explicar sus estados diversos! No sé qué poder oculto me arrebatara cuando veo que le faltan las palabras, como á San Pablo, para decir lo que siente. Tiene abiertos los cielos delante de sí; ¡pero que fe tan viva! de nada se sorprende, y habla con la misma familiaridad de las mas altas revelaciones que de las cosas mas comunes. Estrechada por la obediencia, habla incesantemente de sí misma y de las sublimes dotes que ha recibido; pero habla sin afectacion, sin complacencia y sin permitirse ni la mas leve reflexion acerca de sí. ¡Grande alma, que contándose por nada, y no vien-

do ya sino á solo Dios en todas las cosas, se abandona sin recelo á la instruccion de otro! ¡O libros tan caros para cuantos sirven á Dios en la oracion, y tan magnificamente ponderados por toda la Iglesia! ¡Qué no pueda yo robaros á tantos ojos profanos! ¡Léjos, léjos de aquí, espíritus soberbios y curiosos, que no leáis esos libros sino para tentar á Dios y escandalizaros de sus gracias! ¡Dónde estáis vosotras, almas simples y recogidas, para quienes ellos fuéron dictados?¹

Me haría inerminal, católicos, si poniendo á vuestra vista estos escritos admirables, donde tanto resplandecen las dotes mas peregrinas con que puede honrarse el espíritu humano, intentase recorrer uno por uno los muchos y diversos títulos que esta Santa Doctora tiene para cautivar la admiracion y someter ál mismo tiempo el talento y el albedrío de cuantos aprecian, aman y solicitan la ciencia de todas las ciencias, la ciencia de la perfeccion del hombre, la ciencia de la verdadera y única felicidad.

Pero ¿en qué consisten, decidme, estos maravillosos prodigios de prudencia y de sabiduría, este estilo tan insinuamente, tan dulce y tan irresistible al mismo tiempo, este secreto poder sobre la conviccion, y este ascendiente inexplicable sobre la voluntad? ¡Acaso en las penosas taréas de los estudios humanos? Bien sabéis, católicos, que hai una ciencia que hincha, y esta ciencia, que es la del orgullo, todos los dias está dando pruebas irrecusables de nuestra pobre fragilidad: *Yo condenaré*, dice el Señor, *la sabiduría del sabio y reprobaré la prudencia del prudente.*² ¡Acaso en esas raras dotes con que se dan á conocer entre los hombres el genio, el talento y el gusto? ¡Ah! ¡que triste es, despues de haber recorrido los suntuosos monumentos que ellos han legado á la posteridad, despues de haber echado una ojeada sobre ese horizonte de investigaciones y descubrimientos que han pretendido retirar hasta lo infinito, despues de sentirse aturdido en el estruendoso clamoréo de sus producciones insignes en las obras maestras de las ciencias, de las letras y de las artes; ver ese tenebroso velo con que todo se encubre cuando se trata de la verdad y de la virtud, y el ignominioso silencio en que todos entran cuando se piden á este genio y á este talento mismo revelaciones infalibles sobre el secreto de nuestra naturaleza, el principio y fin de nuestras relaciones esenciales, el misterio de nuestro destino, los caracteres verdaderos de la felicidad, el por qué de nuestra existencia, y los medios, por último, de que podemos servirnos para dar una solucion satisfactoria al antiguo problema de nuestra felicidad! No, católicos: ya no es tiempo de engañarnos: la impotencia de la razon

¹ Fenelon. Sermon de Santa Teresa.— ² Is. cap. XXIX v. 14.

humana ha sufrido todas las pruebas y todas las derrotas: cuanto es noble y sublime siempre que camina á la luz de la autoridad infalible que la sostiene, permaneciendo sometida á la fe, es miserable y mezquina, plebeya, degradada y aun criminal, cuando apartándose de su fuente, proclama su independencia imaginando deberlo todo á sí misma. Escrito estaba siglos ántes de Jesucristo cuanto era necesario para temer á la razon: *No seas sabio para tí mismo*, dice Salomon en su gran Libro de los Proverbios: ¡máxima profunda, pero por desgracia mui poco entendida y ménos practicada! Esa sabiduría, que comienza y termina en el hombre, que no sale del hombre ni consulta mas que á sus propios intereses, que no conoce otros estímulos que el orgullo de la razon y el vano prestigio de una triste celebridad, ha tenido siempre contra sí ¡oh católicos! el anatema de aquel que dijo por la boca de Isafas: *Yo soy el que hago retroceder á los sabios, y convierto en estulicia su vana ciencia*. No saber mas que lo que conviene; guardar una prudente sobriedad en la adquisicion de los conocimientos; contentarse con aquella sábia distribucion que Dios ha hecho de sus dones entre todos: tales son las máximas del apóstol San Pablo, tales los medios únicos de llegar á la verdadera sabiduría, aquella sabiduría que está fundada en la fe, que crece sin cesar, que es siempre fecunda, que no nos abandona jamas; aquella sabiduría que tanto se complacia el mismo apóstol en enseñar á los perfectos, que no era por cierto la de este siglo, “cuyos principios, dice, tienen por distintivo carácter el de una insoponible vanidad y una infalible destruccion.”

¡Será extraño, en vista de esto, que el dueño único de la luz y de la verdad haya vertido su esplendor á torrentes en el espíritu de una vírgen que casi nunca se determina á sacar afuera sus grandes pensamientos sin inmolar absolutamente toda su razon en las aras sacrosantas de la fe? No escribe una sola página sin mostrarse cubierta de un secreto rubor, embarazándose demasiado por la extrañeza que le causa un precepto sin el cual nunca se permitiera escribir. Si dais crédito á lo que ella dice de sí misma, es una alma ruin, una razon llena de tinieblas, la incapacidad en todos sus aspectos, y lo que es peor, llena de infidelidades y pecados: si véis, empero, lo que dijo y escribió, admiraréis unos conceptos de tan elevado carácter, de tan incomparable sublimidad, que no acertando á comprender esta capacidad inmensa de concepciones, esta mirada infalible sobre lo mas recóndito del espíritu y del misterio, esta continencia de doctrina, este acierto inexplicable para tratar las mas espinosas y resbaladizas cuestiones de la Teología mística, en donde se han estrellado muchos esclarecidos ingenios, con los caractéras

propios de la razon humana y las mil fallas que tienen por todas partes el talento y el ingenio, os veréis precisados á decir que el Espíritu de Dios alabraba á Teresa, que su inspiracion celestial inundaba su espíritu, y que el dedo divino conducia siempre su pluma. Reconoceréis entónces el por qué de esa gloria cuyo esplendor ha ilustrado la carrera de tres siglos, de ese nombre que, léjos de haber perecido con la muerte de Teresa, ha quedado en pié para llenar de honor á la Iglesia española, ha recorrido el mundo recogiendo en su tránsito mil y mil honores, recibiendo por todas partes los homenajes que decretan á los talentos clásicos y á los escritores ilustres las academias mas célebres y las universidades mas sábias de Europa: sorprenderéis entónces el secreto de ese acuerdo universal y constante que han tenido los teólogos mas esclarecidos y los doctores mas famosos en la ciencia del espíritu para fijar en los Libros de Teresa de Jesus un lugar de cita en que vienen á recibir su solucion las mas difíciles y reñidas cuestiones de la ciencia: será entónces, por último, el instante feliz en que aprendáis á apreciar en su valor infinito esa escuela de la mas alta sabiduría que abre Jesucristo al espíritu en el secreto de la oracion, esos adelantos incomparables de la inteligencia en el conocimiento de la verdad, esas luces purísimas que bajan del cielo á inundar el alma toda, haciéndole ver y admirar lo que apenas columbra, despues de mil esfuerzos é investigaciones, el ojo apagado de la humana ciencia. Pero no es esto bastante, católicos: para conocer los efectos de la oracion, no basta reconocer en ella una fuente de sabiduría que confunde á los sábios; es necesario admirar el poder sublime de que reviste al alma, y la irresistible fuerza que le comunica para acometer y llevar á cabo las mas árduas empresas. Esto admiramos en la historia de Teresa de Jesus: por que, si en sus escritos muestra los caractéres de una ciencia divina; en sus grandes hechos desarrolla un poder que somete irresistiblemente á su pensamiento hasta los mismos obstáculos, para realizar los planes mas vastos en pro de la virtud y la felicidad.

SEGUNDA PARTE.

Hai en la piedad, lo mismo que en la inteligencia, católicos, un estímulo secreto y poderoso que agita incesantemente á ciertas almas, excitándolas con tan inexplicable fuerza á mejorar la condicion de lo existente, que la santidad, lo mismo que la ciencia, tiene tambien sus genios. Teresa de Jesus, no pudiendo limitar su vasto pensamiento á ese recinto consagrado á la soledad y á la virtud, en que reside, se incorpora de lleno con su espíritu en esa institucion venerable, que traia sus títulos á la piedad universal, con la memoria de las mas insignes virtudes y los mas heróicos ejemplos, desde una antigüedad mui remota.

Rápidamente recorre sus principales épocas; traspórtase á la vista de aquellos bellos dias de su nacimiento, en que el esmero de la caridad parecia excederse así mismo en la exactitud con que conservaba inalterable la primitiva regla. Un arroamiento profundo se apoderaba de su alma cuando contempla las austeridades antiguas, aquel culto primitivo de la penitencia, aquella seriedad inflexible contra la mas leve tregua que tendiese á mitigar el rigor de la disciplina, aquel recogimiento profundo del espíritu que parecia encadenar hasta el aliento dentro del recinto del claustro; en fin, aquella santa desazon y desabrimiento que experimentaba la piedad religiosa hasta con respirar el aire del siglo; y no sé cómo explicar lo que ella sentia, recordando por una parte aquella robustez antigua de virtud, aquella perseverante marcha de perfeccion y aquella imponente galería de nombres venerables que enriquecian la historia de esa familia que bajó del Carmelo á esparcir el buen olor de Jesucristo por toda la extension de la tierra; y considerando por otra su decadencia. Cómo de un éxtasis vuelve Teresa de los recuerdos de lo pasado al teatro de lo presente; y aunque no le faltan motivos para bendecir en sus hermanas y alabar en los religiosos al Autor de la santidad, y reconocer que los claustros á cuyo nombre pertenecia ella, no habian dejado de ser un objeto de tierna solicitud y maternal predileccion para la Reina de las vírgenes, se aflige sin embargo, y siente una mortal congoja en su corazon, viendo que la humana fragilidad se habia permitido ya mitigaciones; que la regla primitiva estaba notablemente suavizada; que el retraimiento de todo lo exterior y sensible no era ya tan absoluto, y que la religion que habia abrazado, tocaba en el declive, inocente al parecer, pe-